

Capítulo I

Palacio de la Alhambra, Granada

A VEINTITRÉS DÍAS DE JUNIO
DEL AÑO DE NUESTRO SEÑOR DE 1526

ULRICH DE BAVIERA se sintió indispuerto tras el último trago. La cerveza le había dejado esta vez un regusto de acíbar en el paladar. Tampoco a su compañero de juegos le gustó la bebida con la que tanto se deleitaban los borgoñones de la corte. Melchor de Mena, que había sido el último en beber de la copa, se la devolvió al César con una reverencia y se atrevió a preguntarle: «¿Majestad, habéis bebido alguna vez el vino sagrado de estos lares?». El emperador, Carlos I de España y V de Alemania, asintió con una sonrisa seráfica, se mesó las barbas de su mandíbula prognática, miró con ojos melancólicos a su joven esposa Isabel de Portugal y dejó que contestara por él a su camarero mayor el conde de Nassau: «¡Don Melchor, ha de saber que el vino también se pica si conspiran contra él los pies que pisan las uvas!». Quienes entendieron sus palabras no tardaron en caer presos de la hilaridad y los extranjeros, poco familiarizados aún con el idioma, esbozaron un gesto condescendiente para no quedar mal.

Allí, en mitad de la sala de los Reyes, seguía pendida de una soga la manzana que a esa hora los entretenía, y encendidas las antorchas que habían limitado el espacio circular de todos los contendientes. Ulrich de Baviera aún llevaba la venda con que se había cubierto los ojos apoyada en el hombro, como un ave inerte de cetrería, y Melchor de Mena la había guardado ya en el bolsillo después de enjugar con ella las gotas de sudor que lo habían sofocado en la cálida noche de junio. «¡Graf

Ulrich, advierto que habéis bebido de la copa mucho más de lo que yo lo hice, a decir por el festín de las últimas escurriduras que me habéis dejado», le reprochó Melchor de Mena. Ulrich se defendió con gravedad bávara: «Y algo me dice que vos habéis dado más bocados a la manzana de los que yo dí estando ambos en el mismo bando. ¡De modo que vaya una cosa por otra!». Los hombres se saludaron cordialmente y ocuparon su lugar a la mesa.

Con aquellos juegos casi pueriles e inofensivos seguía entreteniéndose la corte que hacía dos semanas se había instalado en los palacios de la Alhambra. Para demostrar su valor y destreza los caballeros ya habían tenido una primera ocasión de hacerlo en el palenque levantado en el muelle de El Arenal de Sevilla. En aquella ciudad, mediando marzo, se había celebrado la boda regia, la misma noche en que el César llegó a ella y exigió al arzobispo de Toledo, por su honestidad y religión, que alzara un altar en una cámara del viejo Alcázar para no demorar por más tiempo el protocolo. El duque de Calabria, por parte del novio, y la condesa de Faro, camarera mayor de la novia, fueron los padrinos del enlace, y el cardenal Salviati —legado pontificio— el encargado de officiar la boda. Más de dos meses tardaron en alcanzar la ciudad de Granada, porque la comitiva real se detuvo, sin que cesaran los festejos, en Córdoba, en Úbeda, en Baeza, en Jaén y, por fin, en Santa Fe, la ciudad que había sido en su origen apenas un campamento de guerra zarandeado por la lluvia y el viento al que devoraron las llamas, y desde el cual los abuelos de ambos cónyuges, primos hermanos entre sí, habían rendido en último baluarte muslim de occidente hacía algo más de tres décadas.

Ulrich de Baviera, de pronto, sintió un vuelco en el estómago, alzó la vista y las tracerías de las paredes comenzaron a distorsionarse ante sus ojos confundiendo el secreto mensaje algebraico de Alah. Sentía una extraña embriaguez y, sin

embargo, estaba convencido de haber bebido con moderación litúrgica. Dando tumbos consiguió salir a un peristilo rectangular, en cuyas alas más cortas sobresalían dos cenadores de estructura exquisita, que más que labrados parecían haber sido tejidos por una mano maestra. Apoyado en una de sus columnas sintió el bálsamo de la brisa nocturna. Desde allí podía escuchar ahora la música deliciosa que había vuelto a sonar en el interior y el murmullo de la fuente en cuyos regatos había corrido otrora la sangre de los Abencerrajes¹. Un dolor agudo en el estómago le arrancó un grito, pero nadie lo escuchó.

Por un pavimento de mármol blanquísimo avanzó en busca del doctor de cámara del conde Federico, en cuyo séquito había venido agregado. «¡Johannes, Johannes!», gritó, pero Johannes Lange hacía rato que se había retirado a descansar del fatigoso viaje y no atendió su llamada de auxilio.

Ulrich de Baviera sintió que las fuerzas lo abandonaban junto a una fuente donde doce leones minúsculos e inofensivos se habían convertido en guardianes del agua. Entonces formó un cuenco inútil con sus manos e intentó saciar la sed que lo aplacaba, pero se desplomó sin conseguirlo contra el borde de la taza.

Melchor de Mena, a la mesa todavía, también comenzó a sentir cierta lasitud en sus miembros y la sudoración, que no lo había abandonado, se convirtió en un escalofrío repentino.

—Gaspar —dijo a su escribano—, corre poco vino en estas fiestas, la cerveza la han macerado los diablos y el agua de la ciudad se ha ganado a pulso la fama de provocar disentería, de modo que, si no encuentro a tiempo una letrina, los cronistas y embajadores presentes tendrán algo prioritario que contar en sus crónicas de estos fastos que nos entretienen.

1. ABENCERRAJES. Linaje nobiliario de la Granada nazarita que exacerbó la lucha civil del Sultanato en el siglo XV y precipitó su caída.

—Bien, señor, si en tan grave situación os halláis, haré el sacrificio de acompañaros, aunque os recuerdo que solo me retribuís por asentar vuestras cuentas en la *Casa y Audiencia de Indias* de Sevilla y no por socorrer vuestra tripa flatulenta —había burla en sus palabras.

—¡Menos chanzas! ¡Más os vale que me ayudéis a descordar presto los cordones del calzón, ya que no está aquí mi criado y una de mis manos bien sabéis que la pagué a la mar como tributo!

Melchor de Mena, en efecto, había requerido los servicios de Gaspar de Santacruz como escribano hacía algo más de una década. Melchor procedía de una familia de tradición marinera que había sabido prosperar con el nuevo impulso de los vientos. De su padre aprendió los oficios de la mar, antes de perder la mano izquierda, apenas en tres años de navegaciones de cabotaje por la mar mediterránea y en una única travesía atlántica que lo convencieron de que, el primer peligro al que se enfrentaban las naves que llegaban y partían del puerto fluvial de Sevilla, era el de la barrera de arena que, en el curso sinuoso del Guadalquivir, los hacía escollar en Sanlúcar de Barrameda, próxima a la desembocadura.

Si Melchor se había empeñado en realizar aquel viaje desde Sevilla hasta Granada era porque no había cejado en su empeño de obtener del César una dignidad, como esas linajudas que los nobles de Andalucía habían ganado en el avatar de los siglos y que colgaban a su nombre de pila con el mismo ruido con el que se colgaban los jaeces a las yeguas. Dado que los tiempos se habían torcido para encumbrar su nombre en las guerras finiquitadas contra el moro, don Melchor vio el camino recto hacia su promoción gracias al comercio con el Nuevo Mundo que en solo una década lo había convertido en uno de los hombres más acaudalados de la ciudad. La obstinación de Melchor de Mena de ser favorecido por un título honorífi-

co de manos del emperador parecía una aspiración razonable atendiendo a sus argumentos, porque entendía que había tomado el pulso de la ciudad una raza de mercaderes laboriosos que hacían por henchir las haciendas del César mucho más que los nobles de rancio abolengo en cuyas manos las vastas tierras de repartimiento, concedidas como premio en lides de reconquista, se habían vuelto yermas por falta de voluntad y de manos para cultivarlas. Ellos, sin embargo, eran otra cosa. Se sentían herederos de los viejos fenicios o de los legendarios tartesos que habían abierto intrépidas rutas comerciales hacia las cunas de la civilización no muy lejos del lugar donde Hércules había fijado los límites del mundo conocido y el gigante Gerión apacentado sus rebaños.

—Entiendo, Gaspar, que el descubrimiento del Nuevo Mundo ha desplazado Sevilla desde su extremo hacia el centro del orbe. ¡Nos hemos convertido en su ombligo! —exclamó en cierta ocasión—. Los mercaderes somos la nueva nobleza de la ciudad y a la sazón se nos ha de procurar un título.

—¡No os lo niego, pero mil veces os he dicho que no hace el título al hombre, sino su condición! —Sus palabras sonaron entonces como un leve reproche—. ¡Más os valdría que dedicarais el tiempo a cultivaros con la poesía o con la música si las cosas del estómago las tenéis resueltas, como presumo! ¡O si me apuráis con la filosofía!

—¿Filosofía? ¿Y para qué diantres sirve eso?

—¡Para saber que quien nace lechón, cochino se muere! —Se burló—, pero como sea que sois tan cabezota no tendré más remedio que secundar vuestras aspiraciones. Decidme, ¿con qué título os gustaría ser favorecido?

Melchor de Mena se detuvo aquel día frente a la ventana, contempló el trasiego de los muelles y caviló antes de contestar.

—¡Se me antoja conde de las Marismas! —dijo con una sonora carcajada que hizo dudar al escribano de la seriedad de su pretensión—. ¡O duque si os consta que es título de categoría superior!

Solo fue eso: un antojo, pero que escondía detrás una maniobra mucho más elaborada, porque lo que buscaba realmente era acercarse al emperador, implicar a aquel soberano extraño, que la buena o mala suerte les había deparado, en el florecimiento de un reino que sentía recelos hacia su persona y hacia el séquito de rubios borgoñones que habían ido acaparando las esferas del poder, y que se hallaban bajo sospecha de estar exportando con alevosía de las haciendas de España sus capitales. Ahí estaban ya los banqueros Fugger, que habían comprado la voluntad de los príncipes electores para ofrecerle a Carlos el trono imperial, gozando del privilegio de explotar las minas de mercurio de Almadén y las de plata de Guadalcanal como justa recompensa. Melchor de Mena esperaba que la estancia del César en Sevilla sirviera para mucho más que para sacrificar una nación por un imperio y para esquilmar el bolsillo de los mercaderes que habían contribuido con un tributo especial a financiar los festejos del enlace, y de los que solo unos pocos figuraban en la nómina de invitados. Ellos se habían convertido en la mejor vaca que muñir, porque los religiosos no daban más que bendiciones y los nobles, si algo habían sufragado, iban a compensarlo con creces con días y noches de francachelas y con algún incremento de sus rentas a no tardar mucho. Lo que quiso realmente Melchor de Mena fue acompañar en una larga visita por la ciudad al emperador y conseguir que Sevilla se le metiera en el alma. Luego, sí, le entregaría aquel memorial, que su escribano venía redactando, sobre las necesidades del puerto fluvial que había ganado el monopolio de la Corona para el comercio de Indias por los buenos caminos que la comunicaban con tierra, en perjuicio de su vecina Cádiz que, aunque encarada al mar, por tierra

estaba aislada del mundo. Y le hablaría después de los privilegios que demandaban los mercaderes sevillanos que sentían el agravio de ser tratados peor que los extranjeros. La colonia genovesa, en casi tres siglos de arraigo en la ciudad, había conseguido por fin del emperador el comercio casi exclusivo de la plata, pero sobre todo la administración de los tributos con que se gravaba su actividad. Y la colonia flamenca, que había visto ya languidecer las viejas ciudades de Brujas o Amberes, de la *Liga Hanseática*, intentaba desplazar con manidas triquiñuelas el poder de los oriundos.

Los puertos de Sevilla habían crecido desordenadamente en las últimas décadas. Su mayor actividad se concentraba en el espacio que discurría desde la vieja torre del Oro hasta el Puente de las Barcas donde se ubicaban los muelles de la Aduana, el Arenal y el Barranco, frente al de Camaroneros y el de las Muelas en la ribera de Triana. Desde allí se veían las naves con las velas arriadas, como lienzos de cama percutidos de orín tendidos al sol, iniciar sus travesías trasatlánticas con leguas de tierra por todo horizonte, o bien regresar de expediciones intrépidas con los amotinados colgados del mástil para escarmiento público. En sus orillas animadas se daban cita los moribundos atacados por las fiebres de Venus que aguardaban la llegada de Guayaco —o leño de Indias— como lenitivo a sus últimos estertores y los leprosos sin miembros que buscaban algún otro antídoto; los teólogos que interpelaban noticias del paraíso al borde del éxtasis; o los trujimanes que perdían los borceguíes entre el lodo mientras negociaban en las lenguas que habían nacido en la confusión de Babel.

Lo que vio el César de aquel puerto no fue, sin embargo, lo que Melchor de Mena quiso mostrarle, sino lo que sus cortesanos aduladores señalaron con sus índices extendidos sin bajar de las literas de camino al Arenal donde celebraron una justa, y donde el propio emperador desafió a sus rivales enfundado en sus arneses y con el rostro oculto por el yelmo.

Cuando Melchor de Mena recibió el ofrecimiento de un cargo de responsabilidad en la *Casa y Audiencia de Indias* cayó en la cuenta de que no sabía asentar debidamente en los papeles las cábalas que por costumbre había llevado atadas sin menoscabo alguno a su memoria prodigiosa. Entonces calló aquella incapacidad y buscó para socorrerlo a uno de los escribanos que por unos maravedíes venían registrando las historias truculentas y las fábulas maravillosas que los marineros borrachos relataban en los muelles en las treguas del vómito, recién desembarcados, y antes de que el olvido pudiera desvanecerlas. Gaspar de Santacruz era el único que asentaba la caligrafía en un atril, como amanuense de monasterio, bajo algún soportal, para soportar mejor los calores de la canícula y las lluvias que descargaban sin misericordia los temporales venidos del Atlántico. Acabada de instalarse en Sevilla tras una vida itinerante venida a ocultar sus verdaderos orígenes. De raza hebrea, se había librado de la expulsión ordenada por Fernando de Aragón e Isabel de Castilla —el mismo año en que los soberanos rindieron el reino de Granada— por la posición adelantada de la que había gozado su padre en la corte, junto al escribano de ración Luis de Santángel, aunque la impureza de su sangre conversa le hizo por costumbre sentirse vulnerable y le ayudó a forjarse un carácter desconfiado y retraído, y de hormiga laboriosa que había de compensar con el esfuerzo y adiestramiento su eterno estado de eventualidad.

Cuando Melchor de Mena contrató sus servicios, no pudo imaginar que además de convertirse en su escribano, Gaspar de Santacruz iba a acabar siendo su maestro y el mejor de los consejeros frente a las tretas de la vida. Él no había sido hombre de estudio, pero sí de sensibilidad suficiente para admirar a los cronistas y cartógrafos que zarandeados por las tempestades llenaban de enmiendas las crónicas y los mapas incipientes de un Nuevo Mundo, manteniendo el equilibrio de tinteros, compases y astrolabios sobre la mesa, con la misma

pericia con la que los estibadores —a sus órdenes— habían conseguido amarrar la carga en las bodegas y lastrar las tinajas de barro sobre un tapiz cumplido de arena.

En el día a día Melchor aprendió junto a él a leer y asentar sobre el papel los primeros números y letras, y hasta a interpretar aquella numeración romana que había visto alzada alguna vez en los cuadernos de bitácora para fe de la memoria, en los viejos edificios de la ciudad para otorgarles edad, o en las lápidas conventuales para medir lo que abarcaba el camino de la vida a la eternidad. Con veintitrés años menos que su maestro, fue inevitable que Melchor de Mena acabara sintiendo por el escribano una especie de respeto filial.

Gaspar de Santacruz sujetó por el brazo a Melchor de Mena, a quien le flaqueaban las fuerzas, e intentó recordar qué laberinto de patios y salas tenían que recorrer para llegar hasta la letrina que se había levantado con algunos tablones entre el palacio del Mexuar y la alcazaba. Entonces accedieron al peristilo que flanqueaban las salas de los Mocárabes, de los Reyes, de Dos Hermanas y de los Abencerrajes y donde Ulrich de Baviera acababa de dar el último paseo de su vida. Gaspar, al alzar la vista, descubrió el cuerpo inmóvil del bávaro junto a la fuente, ayudó a Melchor a sentarse en el suelo, y acudió en su socorro. Sus cabellos pelirrojos, oscurecidos por la terquedad de la noche, flotaban ahora en el agua como rémoras repulsivas y su sangre había recorrido el borde de la taza hasta penetrar en la caligrafía cúfica de un poema de Ibn Zamrak.

—¡Está muerto! —anunció a Melchor con un estremecimiento—. ¡Será mejor que vaya en busca de ayuda!

—Adentro está en alcaide de la Alhambra —la voz le salió de la boca como la nota desafinada de un arpa y comenzó a pensar en su propia muerte.

Gaspar de Santacruz entró de nuevo en la sala de los Reyes y la abarcó con la mirada, pero sin abandonarse al éxtasis que

le había embargado por primera vez al contemplarla. Ocho danzadoras vestidas a la morisca, con esos calzones anchos que aún usaban las mujeres de Granada, bailaban una zambra con movimientos lúbricos. En un extremo, Gaspar distinguió al marqués de Mondéjar, el alcaide, y se acercó con discreción hasta él aturdido por un mal presagio.

—Vuestra excelencia, juzgo importante que me acompañéis hasta el patio —se acercó a su oído—. ¡Es una urgencia!

El marqués de Mondéjar lo miró confundido y no supo muy bien cómo el simple escribano de un mercader con quien no había confraternizado se atrevía a hacerle aquella misteriosa invitación.

—¡Como comprenderéis esto me divierte mucho más que ver comer manzanas a vuestro señor con los ojos vendados! —Había algo de desdén en sus palabras.

—¡Si bien recordáis teniendo como compañero de juego a Ulrich de Baviera, quien os diré para vuestro conocimiento que está muerto sobre la fuente! —espetó—. En cuanto a mi señor, Melchor de Mena, os conviene saber que desde hace unos minutos también se siente indispuerto, de modo que llamad presto a un galeno. Decidme, ¿qué especie de mortíferas manzanas cultiváis en estos huertos? —Su pregunta estaba cargada más de ingenuidad que de malicia.

El marqués de Mondéjar ni siquiera tuvo valor ahora para sentirse ofendido por el tono irreverente que habían adquirido sus palabras porque barruntó alguna otra posibilidad para explicar la gravedad del suceso que le hizo temblar. Sobre el corregidor, Íñigo Manrique; el alguacil, Alonso de Granada, y él había caído la responsabilidad de asegurar la protección del emperador, la emperatriz y los miembros de su corte en aquella ciudad.

—¿Lo sabe alguien más? —preguntó.

—Entiendo que no, de no ser que le hayan denegado el auxilio.

—Os pido discreción sobre el asunto.

Los dos hombres salieron al patio y arrastraron el cuerpo de Ulrich de Baviera hasta una pieza próxima a la sala de los Abencerrajes a la que solo tenía acceso el alcaide. Gaspar de Santacruz no pudo dejar de pensar en qué truculento asunto lo podía enredar aquella eventualidad, pero sobre todo tamaña cooperación porque era la primera vez que se prestaba a ocultar un cadáver, aunque había visto docenas de hombres caer fulminados a sus pies mientras asentaba el testimonio de sus últimas desventuras en los muelles sevillanos, y los había incorporado por misericordia para que recibieran de algún religioso la extremaunción. El marqués de Mondéjar quiso asegurarse de que el bávaro no había sido mortalmente herido por un arma blanca antes de interesarse por la salud del sevillano y lo volteó con poco miramiento. Después llamó a tres soldados de su guardia personal y mandó que acompañaran en una litera al enfermo hasta la casa que los aposentadores reales les habían asignado.

—Decidme, ¿dónde os hospedáis? —preguntó a Gaspar de Santacruz.

—En la hacienda del ilustre Fadrique Meneses.

El alcaide pensó que aquel par de advenedizos estaban de suerte, porque habían sido alojados en uno de los cármenes más bellos de la ciudad. Ni siquiera la recién llegada comitiva del conde del Palatinado gozaba de esa comodidad, pues sus miembros, por lo inesperado e intempestivo de la visita, dormían a esa hora en el suelo de algunas cámaras nazaritas o sobre incómodas yacijas en el mejor de los casos. Tal había sido el desorden en la acomodación del gran número de invitados que acompañaban a los monarcas que, en Santa Fe —ya a las puertas de Granada—, y a punto de recorrer el mismo camino triunfal que también sus abuelos habían realizado tras la

rendición de Boabdil, el emperador había sido informado de que les habían retirado dos mesones previamente asignados a su séquito y de que muchos trámites estaban aún por ultimar.

—Contad que el galeno demorará al menos un par de horas antes de reconocer al mercader —cayó en la cuenta de que había olvidado advertirle algo—. ¡Os ruego encarecidamente que no expliquéis a Fadrique Meneses lo sucedido! ¡Si pregunta, bastará con que le hagáis creer que vuestro señor sufre una vulgar indigestión!

El alcaide de la Alhambra intuyó que la noche se había torcido. Por lo pronto no podía anunciar al conde Palatino que uno de sus súbditos acababa de morir, posiblemente envenenado, apenas unas horas después de haber alcanzado la ciudad, porque hacerlo significaba que aquel percance llegara también a oídos del emperador, cuya seguridad le había sido confiada entre aquellos muros, pero, ¿por cuánto tiempo podría ocultar el cadáver sin que los suyos advirtiesen su falta?

El marqués de Mondéjar atravesó una bóveda deliciosa de laureles y un pequeño jardín que había sido forestado de mirtos fragantes el año anterior, cuando el emperador anunció su intención de visitar la fortaleza —lo que no hizo—. Luego penetró en un pasillo angosto de la alcazaba, con poca iluminación, y, tras aparecer en la plaza de las Armas, alcanzó la torre de la Vela donde montaba guardia por aquel flanco un retén de la guarnición. Una almenara encendida servía para advertir a los centinelas de las otras torres que todo seguía en orden en aquel sector. Solo eligió a tres hombres para que lo acompañaran en la misión de desplazar el cadáver de Ulrich de Baviera —que había abandonado en la sala de los Abencerrajes— hasta uno de los lóbregos y secretos pasadizos que recorrían el subsuelo del recinto. De camino a la improvisada sala mortuoria, el marqués de Mondéjar mandó descolgar el cielo escarlata de un palio para improvisar un sudario, pero sobre todo para con-

fundir a los noctámbulos que, todavía a esa hora, transitaban por las inmediaciones de la sala de los Reyes, de donde sus majestades ya se habían retirado para descansar.

El alcaide aguardó impaciente las recuas de mulas que en verano viajaban toda la noche para transportar a la ciudad la nieve de los neveros perpetuos de la sierra, y que servía ahora para elaborar los refrescos de los invitados. Aquella víspera de San Juan el Bautista, en que tan dilatado era el día, se había demorado la partida y nada hacía prever que la caravana atravesara la puerta de la Justicia antes de que los conventos e iglesias tocaran a Laudes. Aquel había sido durante siglos el acceso de los pobladores de Granada a la ciudadela nazarrita para pagar sus impuestos o clamar clemencia a sus sultanes. Sobre el mismo paño de la muralla también se hallaba la puerta de Bib-al Gudur, por la que había partido Boabdil para el destierro y que llevaba treinta y cuatro años sellada por expreso deseo del rey vencido, quien había arrancado el compromiso de su eterna clausura a Isabel de Castilla tan pronto emprendió la marcha.

En una de las pilas de piedra tosca que servían de depósito a la nieve en aquella fresca mazmorra, el alcaide mandó a sus hombres que colocaran el cadáver de Ulrich de Baviera para evitar una acelerada putrefacción. Solo era una medida transitoria, pensó, porque antes o después tendría que dar la noticia de la tragedia, aunque barruntó la idea de despeñar el cuerpo sin vida del bávaro desde la muralla para fingir un fortuito accidente. Quizá esa otra alternativa era mucho más sencilla que explicar que un mercader sevillano y un cortesano extranjero habían sido envenenados por una negligencia solo a él atribuible, y admitir que no estaba a la altura de poder asegurar la protección de aquel rey, de aquel emperador de la cristiandad que, en el recinto amurallado de la Alhambra, gozaba con su esposa Isabel de Portugal de su luna de miel.